

desengañaos, porque llevaríais un horrible chasco.

— Perdonad, caballero, dijo Andrea con su frialdad habitual; pero si Nicole me ha comprendido, debe estar preparando un plato cuya receta le he enseñado.

— ¡ La receta ! ; Habéis enseñado la receta de un plato á Nicole Legay, á vuestra doncella ! ; vuestra doncella guisando ! ; Guisaban acaso para el rey la duquesa de Chateauroux ó la marquesa de Pompadour ? Al contrario ; el rey era el que les hacía á ellas tortillas... ; Válgame Dios ! ; Que vea yo en mi casa guisar á las mujeres !... Barón, os suplico dispenséis á mi hija.

— Pero, padre mío, preciso es comer, dijo tranquilamente Andrea.

— Veamos, Legay, añadió alzando la voz, ¿ está eso ?

— Sí, señorita ; respondió la joven, trayendo un plato que olía del modo más apetitoso.

— Sé muy bien quién no comerá de ese plato, dijo Taverney furioso quebrando el suyo.

— Este caballero comerá quizás, dijo friamente Andrea.

Volviéndose en seguida á su padre :

— Bien sabéis, señor, que no os quedan más que diez y siete platos de este servicio que me dejó mi madre.

Y dicho esto, trinchó la humeante torta que Nicole Legay, la linda doncella, acababa de colocar sobre la mesa.

V

Andrea de Taverney

El espíritu de observación de José Bálsamo encontraba ancho campo en cada detalle de aquella existencia aislada y extraña, perdida en un rincón de la Lorena.

El salero solo revelaba gran parte del carácter del barón de Taverney, ó más bien lo daba á conocer bajo todos aspectos.

Valiéndose también de su más delicada penetración, estudió los rasgos de la fisonomía de Andrea, mientras que ella abollaba con el puño del cuchillo las figuras de plata de unos candeleros, que parecían escapados de una de esas cenas nocturnas del Regente, y cuyas bujías estaba Canillac encargado de apagar. Fuera curiosidad, fuera inspirado por otro sentimiento, Bálsamo consideraba á Andrea con tal perseverancia, que dos ó tres veces, en menos de dos minutos, se encontraron sus miradas con las de la joven. Al principio, aquella pura y casta doncella resistió sin confusión tan singular mirada ; pero al fin tomó tal fijeza cuando el barón deshacía con el recazo del cuchillo la obra maestra de Nicole, que una impaciencia febril, que le arrebató la sangre hacia las mejillas, comenzó á apoderarse de ella. Pronto sintiendo la turbación que le inspiraba esta mirada sobrehumana, quiso desa-

fiarla, y entonces ella fué quien miró al barón con sus ojos grandes, claros y dilatados. Pero también tuvo que ceder, y sus párpados llenos del fluido magnético que irradiaba del ojo ardiente de su huésped se bajaron tardíos y temerosos para no levantarse más que á medias.

En tanto que esta lucha silenciosa se planteaba entre la joven y el misterioso viajero, el barón refunfuñaba, reía y renegaba, juraba como un verdadero señor campesino y pellizcaba el brazo á La Brie, que desgraciadamente para él se encontraba á su lado en un momento en que la irritación nerviosa le hacía sentir la necesidad de pellizcar algo.

Sin duda iba á hacer otro tanto con Nicole, cuando sus ojos, por la primera vez sin duda, se detuvieron en las manos de la camarera.

El barón adoraba las manos bonitas, y por manos hermosas había hecho todas sus locuras en la juventud.

— ¡Mirad, dijo, qué lindos dedos tiene esta pica-ruela! ¡Cómo se afinarían las uñas y se encorvarían sobre la piel, cosa que es de rara belleza, si la leña que se raja, las hotellas que se enjuagan, las cacerolas que se friegan, no destrozasen horrorosamente el cuerno; porque cuerno es, señorita Nicole, lo que tenéis en la extremidad de los dedos.

Nicole, poco acostumbrada á las galanterías del barón, le miraba con una cierta sonrisa en que la admiración tenía más parte que el orgullo.

— Sí, sí, dijo el barón notando lo que pasaba en el corazón de la joven coquetilla. Poneos orgullosa, os lo aconsejo. ¡Oh! es que debo deciros, caro huésped, que la señorita Nicole Lagay, aquí presente, no es mejugata como su ama, y un requiebro no le da miedo.

Los ojos de Bálamo se volvieron vivamente hacia la hija del barón, y vió brillar el mayor desdén en el

helo rostro de Andrea. Entonces halló conveniente poner su figura en armonía con la de la altiva niña; ésta lo notó, y con agrado sin duda, porque le miró con menos dureza ó al menos con menor inquietud que hasta entonces.

— ¡Creeréis, caballero, continuó el barón acariciando la barba de Nicole, decidido al parecer á tenerla por bonita aquella noche, creeréis que esta doncella viene de un convento como mi hija y que apenas ha recibido educación? La señorita Nicole no se separa tampoco un instante de su ama. Es un afecto y un desinterés capaz de hacer sonreír á esos señores filósofos que sostienen que estas especies tienen alma.

— Caballero, dijo Andrea descontenta, no es por afecto desinteresado por lo que Nicole no me deja, es porque yo se lo mando.

Bálamo levantó los ojos á Nicole para notar el efecto que producirían en ella estas palabras de su ama, altaneras hasta la insolencia, y vió que sus labios se crispaban, lo cual quería decir que no era insensible á las humillaciones que se la hacían como criada.

Pero esto pasó como un relámpago por el rostro de la camarera; porque se volvió, para ocultar una lágrima sin duda, y sus ojos se fijaron en una ventana del comedor que daba al patio. Todo interesaba á Bálamo, que parecía buscaba alguna cosa á su vez en medio de los personajes con quienes había sido introducido; todo interesaba á Bálamo, decimos; su mirada siguió la mirada de Nicole, y le pareció ver en esta ventana, objeto de la atención de la joven, el rostro de un hombre.

— En verdad, pensó, todo es curioso en esta casa; cada cual tiene su misterio, y espero que no pasará una hora sin que conozca el de la señorita Andrea. Ya

conozco el del barón y he adivinado el de Nicole.

Había tenido un momento de distracción, y por corto que fué el barón lo notó.

— Soñáis de esa manera, dijo; ¡ bueno! pues por esta noche al menos debéis estar despierto, querido huésped. El sueño es contagioso, y á mi ver se adquiere aquí. Voy á contaros los que sueñan en esta casa. Tenemos á la señorita Andrea que sueña, á la señorita Nicole que también sueña, y hasta veo soñar á cada instante á ese haragán que ha muerto los perdigones, que soñaban tal vez cuando se han dejado matar...

— ¿ Gilberto? preguntó Bálamo.

— ¡ Sí! un filósofo como el señor La Brie. Á propósito de filósofos, ¿ sois amigo de ellos por casualidad? ¡ Oh! entonces os lo prevengo, no sois de los míos...

— Caballero, no estoy bien ni mal con ellos, porque no los conozco, respondió Bálamo.

— Tanto mejor, ¡ diablo! son unos animales tan venenosos como feos. Pierden la monarquía con sus máximas. Ya no se ríe en Francia, se lee; ¿ y qué se lee? Frases como aquellas de: *En un gobierno monárquico es muy difícil que el pueblo sea virtuoso* (1); ó bien: *La verdadera monarquía no es más que una constitución imaginada para corromper las costumbres de los pueblos y sejuzgarlos* (2); y también: *Si la autoridad de los reyes viene de Dios, es como las enfermedades y las plagas del género humano* (3). ¡ Qué lindo es todo esto! ¡ Un pueblo virtuoso! ¿ Para qué serviría? ¡ Ah! ya veis que todo va mal, y eso aun

(1) Montesquieu.

(2) Helvetius.

(3) Jean-Jacques Rousseau.

después de haber hablado S. M. con el señor Voltaire, y haber leído los libros del señor Diderot.

En este momento parecióle á Bálamo que otra vez aparecía el mismo rostro pálido por detrás de los cristales. Pero desapareció al punto que fijó su vista en él.

— ¿ Seríais acaso filósofa, señorita? preguntó Bálamo sonriendo.

— Yo no sé lo que es filosofía, respondió Andrea. Sé únicamente que amo lo que es grave.

— ¡ Oh, señorita! gritó el barón, nada hay más grave, á mi parecer, que el pasarlo bien; de consiguiente gustaréis de ello.

— ¿ Me parece que la señorita no odia la vida? preguntó Bálamo.

— Eso es según, caballero, respondió Andrea.

— He ahí otra estupidez, dijo el barón.

— Y bien; ¿ creeríais, caballero, que me ha respondido lo mismo exactamente, letra por letra, que mi hijo?

— ¿ Tenéis un hijo, mi amado huésped? preguntó Bálamo.

— ¡ Oh! sí, tengo esa desgracia; un vizconde de Taverney, teniente de los gendarmes del Delfín; un excelente sujeto!

El barón pronunció estas tres últimas palabras apretando los dientes, como si hubiera querido mascar las letras.

— Os felicito por ello, caballero, dijo Bálamo inclinándose.

— Sí, respondió el viejo, otro filósofo. Á fe mía que esto da compasión. ¿ Pues no me hablaba el otro día de dar la libertad á los negros? ¡ Y el azúcar! le repliqué. Á mí me gusta el café con mucho azúcar y lo mismo al rey Luis XV. — Caballero, me respondió, más vale pasarse sin azúcar, que ver sufrir una raza...

— Una raza de micos, le dije, haciéndoles mucho favor. ¿Sabéis lo que pretendía? (á fe mía que es preciso que haya en la atmósfera algo que les trastorne la cabeza) pues ha pretendido que todos los hombres eran hermanos. ¡Yo hermano de un Mozambique!

— ¡Oh! dijo Bálamo; eso es llevar las cosas muy lejos.

— ¡Cómo! ¿qué decís? ¿no es verdad que tengo fortuna con mis hijos? No se dirá que renazco en mi descendencia. ¡La hermana es un ángel y el hermano un apóstol! Vamos, bebed, caballero... mi vino es detestable.

— Yo lo encuentro exquisito, dijo Bálamo mirando á Andrea.

— Según eso ¿vos también sois filósofo? ¡Ah! cuidado, porque haré que mi hija os predique un sermón. Pero no: los filósofos no tienen religión. Y sin embargo, el tenerla era muy cómodo: se creía en Dios y en el rey, y ya estaba todo. Al presente, para no creer ni en uno ni en otro, es menester aprender una porción de cosas y leer multitud de libros; prefiero no dudar de nada. Por lo demás, en mi tiempo no se aprendían más que cosas agradables; se aprendía á jugar al faraón, al biribis y los cientos; se tiraba bonitamente la espada, á pesar de los edictos; se arruinaba á las duquesas, y se arruinaba uno por las bailarinas: por lo menos esta es mi historia. Taverney entero ha pasado á la Ópera; y esto es lo único que siento, en razón á que un hombre arruinado no es hombre. ¿No es verdad que parezco viejo tal como estoy? Pues bien, esto consiste en que estoy arruinado y vivo en esta casa vieja; en que mi peluca está raída, y mi vestido es antiguo; pero mirad á mi amigo el mariscal, que tiene vestidos nuevos y pelucas pobladas, y que tiene 200,000 libras de renta. Pues bien: toda-

vía está verde, dispuesto, emprendedor! ¡Y con diez años más que yo, señor mío, con diez años!

— ¿Es de M. de Richelieu de quien habláis?

— Sin duda.

— ¿Del duque?

— ¡Cierto! yo no pienso en el cardenal; no me remonto tan alto. Por otra parte, él no ha hecho lo que su sobrino, ni se ha conservado tanto tiempo.

— Me admira, caballero, que teniendo, á lo que parece, amigos tan poderosos, dejaseis la corte.

— ¡Ah! es una retirada momentánea, y algún día volveré, dijo el viejo barón dirigiendo á su hija una extraña mirada, que fué cogida al vuelo por Bálamo.

— Pero al menos, dijo, el señor mariscal hará adelantarse á vuestro hijo.

— ¡Él á mi hijo! le aborrece.

— ¿Al hijo de su amigo?

— Y tiene razón.

— ¡Cómo! ¿y lo decís vos?

— ¡Vaya, un filósofo! le detesta.

— Y Felipe por su parte le paga bien, dijo Andrea con una calma perfecta. Atée usted los manteles, Legay.

Arrancada la muchacha de la vigilante observación que clavaba su mirada en la ventana, corrió á ejecutarlo.

— ¡Ah! dijo el barón suspirando, otras veces se estaba á la mesa hasta las dos de la mañana, y era porque había que comer, ó porque se bebía, cuando no se quería comer más. Pero, ¿quién bebe chacolí después de comer? Legay, deme usted un frasco de marrasquino... si es que queda alguno.

— Procure usted obedecer al señor barón, dijo Andrea á Legay, que parecía esperar las órdenes de su señora para obedecer las del barón.

El barón se había recostado en su sillón, y con los

ojos cerrados suspiraba entregado á una grotesca melancolía.

— Me hablabais del mariscal Richelieu, dijo Bál-samo decidido al parecer á no dejar desmayar la conversación.

— Sí, es verdad, de eso os hablaba, dijo Taverney.

Y tarareó cierta música más triste aun que sus suspiros.

— Pero aunque deteste á vuestro hijo, y tenga razón en detestarle, porque es filósofo, continuó Bál-samo, ha debido conservaros su amistad, puesto que vos no lo sois.

— ¿Filósofo? no, ¡ á Dios gracias!

— Á lo que presumo no son méritos los que os faltan. ¿ Habéis servido?

— Quince años. He sido ayudante de campo del mariscal; hemos hecho juntos lo campaña de Mahón, y nuestra amistad data... sí... esperad... del famoso sitio de Filipburgo, es decir, de 1742 á 1743.

— Muy bien, dijo Bál-samo; ¿ estabais en el sitio de Filipburgo?... y yo también.

El viejo se enderezó en su sillón y miró cara á cara á Bál-samo, abriendo mucho los ojos.

— Dispensadme, le dijo; pero ¿ qué edad teniais entonces, mi amado huésped?

— Yo no tengo edad, dijo Bál-samo alargando su vaso á fin de que la hermosa mano de Andrea le sirviese marrasquino.

El barón interpretó á su manera la respuesta de su huésped, y creyó que Bál-samo tenía alguna razón para ocultar su edad.

— Caballero, le dijo, permitidme que os diga no parecéis tener la edad de un soldado de Filipburgo. Este sitio aconteció hace veintiocho años, y vos, si no me engaño, tenéis á lo más treinta.

— ¡ Oh! ¿ quién no tiene treinta años? dijo el viajero con negligencia.

— Yo, por ejemplo, dijo el barón, que hace justamente treinta años que no los tengo.

Andrea miraba al extranjero con una fijeza, que indicaba el irresistible atractivo de la curiosidad. En efecto, este extraño sujeto se le revelaba á cada instante bajo un nuevo aspecto.

— En fin, caballero, me confundís, dijo el barón, á menos que no estéis equivocado, como es probable, y toméis á Filipburgo por alguna otra ciudad. Yo á lo más os creo de treinta años, ¿ no es verdad, Andrea?

— En efecto, respondió ella intentando nuevamente, y sin conseguirlo, resistir la poderosa mirada de su huésped.

— No tal, no tal, dijo este último; yo sé lo que digo, y digo lo que es. Hablo del famoso sitio de Filipburgo, en que el señor duque de Richelieu mató en desafío á su primo el príncipe de Lixen. El hecho tuvo lugar volviendo de la trinchera en medio del camino, en un recodo que hacía al lado izquierdo, y le metió la espada por medio del cuerpo. Yo pasaba á tiempo que el príncipe de Deux-Ponts le sostenía agonizando en sus brazos, sentado á la orilla del foso, mientras que el duque de Richelieu limpiaba tranquilamente su espada.

— Caballero, dijo el barón, en verdad que me trastornáis. Todo sucedió lo mismo que decís.

— ¿ Lo habéis oído contar? preguntó tranquilamente Bál-samo.

— Estaba yo allí, y tuve el honor de servir de padrino al señor mariscal, que entonces no era mariscal, pero esto no hace al caso.

— Esperad, dijo Bál-samo mirando fijamente al barón.

— ¡ Qué!

— ¿ No llevabais en aquella época uniforme de capitán?

— Justamente.

— ¿ Estabais en el regimiento de caballería ligera de la reina, que fué acuchillado después en Fontenoi?

— ¿ Estabais también en Fontenoi? preguntó el barón, queriendo chusquearse.

— No, respondió tranquilamente Bálamo: cuando lo de Fontenoi había yo muerto.

El barón abrió desmesuradamente los ojos, Andrea se estremeció y Nicole hizo la señal de la cruz.

— Volviendo, pues, á lo que decíamos, llevabais el uniforme de caballería ligera, me acuerdo perfectamente, y os ví al pasar; vos teníais vuestro caballo y el del mariscal mientras que éste se batía. Me acerqué á vos y os pregunté los pormenores, y me los disteis.

— ¡ Yo!

— ¡ Si! ¡ vos! os conocí perfectamente. Entonces no teníais más títulos que el de caballero y no os llamaban más que el caballero.

— Sí, ¡ por Dios! dijo Taverney, exactamente.

— Excusadme no haberos reconocido antes; pero treinta años cambian á un hombre.

Y levantando Bálamo su vaso, le apuró hasta la última gota.

— ¿ Vos me habéis visto, vos, en aquella época? repitió el barón, ¡ imposible!

— Os ví, dijo Bálamo.

— ¿ En el camino?

— En el camino.

— ¿ Teniendo los caballos?

— Teniendo los caballos.

— ¿ Mientras el duelo?

— Cuando el príncipe lanzaba el último suspiro, os he dicho.

— ¿ Pero, según eso tenéis 50 años?

— Tengo la edad necesaria para haberos visto.

Esta vez se dejó caer el barón en su sillón con un movimiento de enojo, que Nicole no pudo menos de reirse.

Pero Andrea, en lugar de reir como Nicole, quedó pensativa con la vista fija en la de Bálamo.

Hubiérase dicho que éste esperaba que esto sucediese y lo había previsto.

Levantándose de repente lanzó dos ó tres rayos de su inflamada pupila sobre la joven, que se estremeció como si hubiera recibido el contacto de una corriente eléctrica.

Sus brazos se aflojaron, inclinóse su cuello, sonrió como á su pesar al extranjero y luego cerró los ojos.

Éste, siempre de pie, la tocó en los brazos, y volvió ella á estremecerse.

— ¿ Y vos también, señorita, creéis que no digo verdad, cuando sostengo que estuve en el sitio de Filipsburgo?

— No, caballero, yo os creo, articuló Andrea haciendo un esfuerzo sobrehumano.

— En ese caso, yo soy el que no sabe lo que dice, añadió el barón, ¡ perdonadme! ¡ á manos que este caballero no sea un resucitado, una sombra!

Nicole abrió los ojos espantados.

— ¿ Quién sabe? dijo Bálamo con un acento tan grave que acabó de cautivar á la joven.

— Veamos, formalmente, señor barón, replicó el viejo, que pareció decidido á poner la cosa en claro. ¿ De verdad, tenéis más de 30 años? Pues no los representáis.

— ¿Caballero, dijo Bálamo, me creeréis si os digo alguna cosa poco creíble?

— No os respondo de ello, dijo el barón moviendo la cabeza con aire picaresco, mientras que Andrea, por el contrario, escuchaba con toda atención. Soy muy incrédulo, os lo prevengo.

— ¿Para qué me hacéis en ese caso una pregunta, cuya respuesta no habéis de creer?

— Bien, sí, os creeré, ¿estáis contento?

— Entonces, caballero, os repetiré lo que ya os he dicho; no solo os ví en el sitio de Filipsburgo sino que os conocí.

— ¿Seríais entonces niño?

— Sin duda.

— ¿Teníais á lo más cuatro años?

— No tal, tenía cuarenta y uno.

— ¡Ha, ha, ha! gritó el barón, riendo con todas sus fuerzas, mientras que Nicole le hacía el duo.

— Bien decía yo, caballero: no me creéis.

— ¿Pero cómo creerlo formalmente? vamos... dadme una prueba.

— Es bien sencillo, sin embargo, contestó Bálamo, sin manifestar embarazo. Tenía cuarenta y un años en aquella época, es verdad; pero no he hecho que fuese el hombre que soy.

— ¡Ha, ha! pero esto es cosa de paganismo, dijo el barón. ¿No hubo un filósofo griego, ¡en todos tiempos ha habido de estos miserables filósofos! no hubo un filósofo griego que inventó eso y que no comía habas, porque sostenía que tenían alma, como mi hijo pretende que los negros la tienen? ¿No era?... ¿cómo diablós se llamaba?

— Pitágoras, dijo Andrea.

— Eso es, Pitágoras; los jesuitas me enseñaron eso en otro tiempo. El padre Poirée me hizo componer

versos latinos sobre ello en competencia con el joven Arouet. Me acuerdo que halló mis versos infinitamente mejores que los suyos. Pitágoras, eso es.

— Y bien, ¿quién os dice que yo no haya sido Pitágoras? replicó sencillamente Bálamo.

— No niego que hayáis sido Pitágoras, dijo el barón; pero en fin, Pitágoras no estaba en el sitio de Filipsburgo, ó al menos no le ví.

— Seguramente, pero, ¿visteis al vizconde Juan de Barroux que pertenecía á los mosqueteros negros?

— Sí, sí, á ese sí le ví... y no era filósofo, bien que tuviera horror á las habas y no las comiese sino cuando no había otra cosa.

— Pues bien, ¿os acordáis del día siguiente al duelo de M. de Richelieu, en que Barroux estaba en la trinchera con vos?

— Perfectamente.

— Porque os acordaréis que los mosqueteros negros y la caballería ligera entraban juntos de servicio cada siete días.

— Exactamente, ¿y luego?

— Y bien, luego la metralla caía aquella tarde como granizo. De Barroux estaba triste, se acercó á vos y os pidió un polvo, que le disteis en una caja de oro.

— ¿Sobre la que había el retrato de una mujer?

— ¡Justamente. Todavía la veo, rubia, ¿no es esto?

— Sí, por Dios, dijo el barón todo asombrado. ¿Y qué más?

— En seguida, continuó Bálamo, cuando tomaba el polvo, una bala le cogió la garganta y le llevó la cabeza.

— ¡Ah! sí, dijo el barón; ¡pobre Barroux!

— Bien veis, caballero, que os he visto y conocido

en Filipsburgo, dijo Bálamo, puesto que ese Barroux era yo en persona.

Echóse el conde hacia atrás en un acceso de estupor, más bien que de asombro, lo cual puso la ventaja de parte del extranjero.

— ¿Pero es esto magia? Hace cien años, hubierais sido quizá quemado, mi amado huésped. ¡Oh, Dios mío! pareceme que huele como á resucitado, á ahorcado ó quemado.

— Señor barón, dijo sonriendo Bálamo, el verdadero mágico no es jamás ahorcado ni quemado; tenedlo presente; los necios son los que tienen que hacer con el verdugo y la cuerda. Pero, si os parece, dejaremos esto por hoy; ved cómo se duerme la señorita de Taverney. Parece que las discusiones metafísicas y las ciencias ocultas la interesan poco.

En efecto, Andrea, subyugada por una fuerza desconocida, irresistible, balanceaba blandamente su cabeza, como una flor cuyo cáliz acaba de recibir una gota grande de agua.

Mas á las últimas palabras del barón hizo un esfuerzo para rechazar aquella fuerte invasión de un fluido que la rendía; sacudió enérgicamente la cabeza, se levantó y salió del comedor, al principio dando traspiés y sostenida por Nicole.

Al propio tiempo desapareció de los cristales la cara que ya hacía tiempo había reconocido Bálamo por la de Gilberto.

Un instante después oyóse á Andrea pulsar vigorosamente las teclas de su clave.

Bálamo la siguió con la vista mientras salía vacilante del comedor.

— Vamos, dijo con aire triunfante, así que desapareció: puedo decir como Arquímedes:

— Eureka (1).

— ¿Quién era ese Arquímedes? preguntó el barón.

— Un gran sabio que conocí hace dos mil ciento cincuenta años.

(1) La he encontrade

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO